

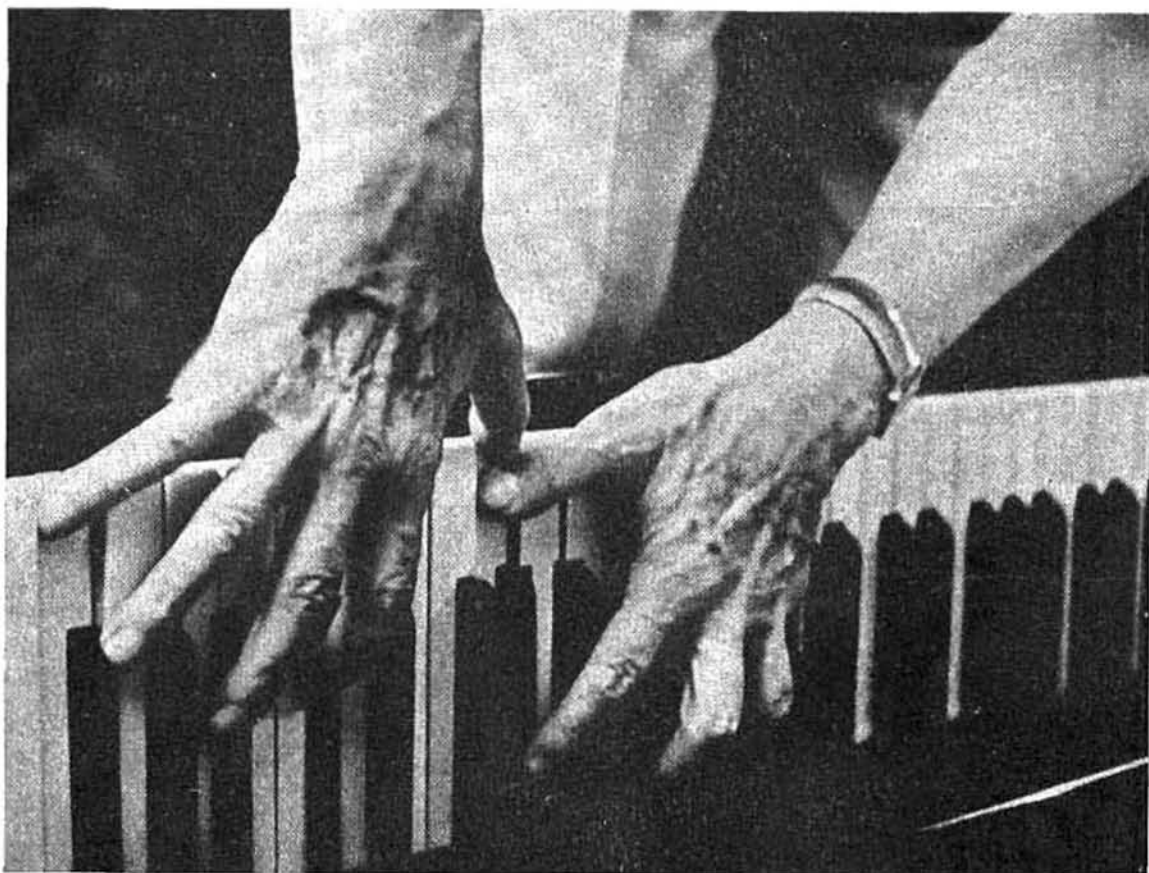
ARTURO RUBINSTEIN, UN PIANISTA  
PARA LA HISTORIA

POR

ANTONIO FERNANDEZ-CID



Estampa del Arturo Rubinstein maduro y glorioso.



Las manos del artista, que supieron arrancar del teclado tantas maravillas.



Una actitud característica, firme el cuerpo, concentrado el gesto, lo mismo en el trabajo que ante los públicos encendidos por su arte.

Lo decíamos siempre: Arturo Rubinstein era uno de esos raros artistas con valor representativo ya en vida. Con su muerte ha quedado incorporado a la Historia con firmes y definitivos trazos. Los que conocimos al hombre y disfrutamos con el intérprete, no podemos olvidar jamás a uno y otro. A lo largo de su prolongadísima existencia desfilaron múltiples generaciones de virtuosos del teclado y en sus últimos lustros activos hubo de luchar con verdaderos monstruos del virtuosismo y los medios de ejecución. El incluso lo confesaba muy graciosamente:

—No; ya no toco las *Iberias*, tan difíciles. Hoy las interpretan pianistas que valen *horrores* en el juego de sus mecanismos, y a mí se me caen tantas notas que precisaría un negro para que me las recogiese.

Con estas obras, culminación del genio de Isaac Albéniz y del pianismo español de altura, había iniciado él sus caminos de internacionalidad allá por la segunda década del siglo, en el primer encuentro con España, punto de partida para “hacer las Américas” y para que el nombre se afirmase con fuerza en la constelación universal de cultivadores del teclado.

Hay en la biografía de Arturo Rubinstein —¡qué jugosas, personales, divertidas y aleccionadoras sus *Memorias!*— muchas razones que abonaban la condición de Académico de Honor de la Real de Bellas Artes de San Fernando. No es la menor, muy al contrario, el interés que siempre demostró por lo español. En etapas en las que la música nuestra era la gran ausente, la desconocida o maltratada en los programas del orbe, Rubinstein supo situarla en lugar de privilegio. Cuando, en ocasión feliz, descubrió en París partituras de Isaac Albéniz, al que había visto exuberante y agudo en reuniones artístico-literarias poco antes de su muerte en 1909, se acercó

a ellas con curiosidad, pronto con sorpresa, al advertir la complejidad de su "barroquismo nimbado por la gracia".

Sólo cuando en un encuentro con la viuda y las hijas del músico fue instado por ellas a tocar unas piezas que no se atrevía jamás a brindar en público y tuvo la satisfacción de oírlas decir que "así las interpretaba el propio autor", se decidió a incorporarlas a sus recitales. Desde entonces rara era la oportunidad en la que voces ardorosas no reclamaban como apéndice de los programas el regalo de *Navarra*, cuya copla servía con un donaire singular.

Porque Arturo Rubinstein supo instintivamente alzarse con el duende, el espíritu de lo español, con la gracia en la expresión, el acento, el color debidos. No importan, en razón de sus grandes aciertos, las libertades, cuando el propio, exigentísimo en el camino de la verdad y la pureza, D. Manuel de Falla aceptaba su versión *sui géneris* de la *Danza de fuego* de *El amor brujo*. (Bien sabido es que Falla le dedicó la *Fantasia Bética*, lo mismo que lo es que, único lunar en su hoja de servicios, el artista no supo captar la enorme hondura de esos pentagramas abandonados por él pronto y considerados hoy como un hito en la creación pianística ibérica.)

Arturo Rubinstein conquistó amistades sin cuento entre los españoles: en la realeza, la aristocracia de la sangre y las artes, la intelectualidad. Visitaba nuestro país siempre que le era posible y muchos de sus últimos años hizo de Marbella el punto más fijo de residencia en medio de su deambular por los mundos filarmónicos.

Yo le recuerdo, en tantas ocasiones que pude acercarme a él, como modelo de cortesía y de agudeza, presto siempre a la entrevista periodística y ejemplar en la amabilidad, porque no es frecuente que un artista de su talla se moleste en escribir una larga carta autógrafa a quien entonces era un joven crítico, tan pronto recibió en Nueva York el periódico en el que se recogía la conversación que había tenido la generosidad de concederme. Recuerdo las alegres charlas *post concierto*, animadas con mil anécdotas, ocurrente, simpático, incluso castizo en los giros y las expresiones: con un castellano rico en el léxico y de muy fluido curso.

Pero conviene, por encima de lo pintoresco, destacar lo que centra la



figura del artista polaco: su condición de pianista músico, de intérprete inspirado.

Al margen de que, ya sexagenario, fuese capaz de interrumpir su actividad de concertista para depurar y revisar su técnica, en lección de rigor desusado en quien era ya ídolo de los públicos, pues no es la perfección técnica el arrollador mecanismo lo que califica el arte de Rubinstein, y a ese respecto hubo, en distintos momentos de su vida, contemporáneos diversos que fueron más infalibles ejecutantes. En Rubinstein lo que se aúpa hasta el primer plano es la condición de artista expresivo y la belleza sonora.

En el primer aspecto, podríamos considerarlo un intérprete romántico, aunque ahí quedan sus construcciones profundísimas de Mozart, Beethoven y del Brahms gran señor de la forma. Romántico por ser artista que sabe cantar y recoger en su expresión el caudal de sentimientos que los compositores encerraron en sus pentagramas. Romántico porque reconoció una y otra vez su incapacidad para entender mensajes objetivos de vanguardia. Romántico de Liszt, Tchaikowsky, Rachmaninoff, Schumann, Chopin...

Hemos llegado al autor que cabría considerar "tipo" en las versiones de Arturo Rubinstein. ¿Vibraría con la música del antepasado su alma de artista polaco? Para saber cómo se producía en la música chopiniana, bastará repasar su herencia discográfica. ¿Los conciertos? ¿Las baladas? Quizás me inclinaría más por recomendar los nocturnos, las mazurcas, tan distintos unos de otras, con su clima ensoñado y sus ritmos y acentos peculiares. Rubinstein supo siempre liberar las versiones del peligro doble que acecha: la asepsia, el amaneramiento. Lejos de la frialdad objetiva, su forma de cantar lo estuvo también de la afectación, el dengue, los ojos en blanco, la cursilería.

Queda, por fin, lo que atañe al sonido. No es la primera vez que comento cómo en música, para el regalo de un mensaje, es básica la calidad del sonido con la que se nos sirve. Hay algunos intérpretes que se distinguen primordialmente por ese aspecto. Rubinstein, como Andrés Segovia con la guitarra, para no citar sino a un insigne compañero en el escalafón Académico, hace sonar el piano de una forma distinta: dulce, llena, igual,

rica, poderosa, redonda. ¿Cuál era el secreto? ¿El ataque, el pedal, el juego de sus manos maestras? Sin adentrarnos en la cuestión, quede muy en alto la verdad de que el piano sonaba de manera diferente y bellísima con Arturo Rubinstein. Y volvamos al disco; si es cierto que nunca una reproducción mecánica puede servirnos el testimonio justo, incluso a través del único sucedáneo en nuestras manos podremos siempre evocar al artista que se nos fue. Para él, sin duda, hay en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando un lugar de reverente recuerdo. Del que desearían servir humilde pero muy hondo testimonio estas apresuradas cuartillas de homenaje.